

# LA MIGRACIÓN EN NORTEAMÉRICA



## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE MIGRACIÓN EN AMÉRICA DEL NORTE

José Juan de OLLOQUI

Pocos factores han influido tanto en la historia de la humanidad como los migratorios, debidos en ocasiones a guerras, causas económicas y otras, pero baste ver lo acontecido a raíz del fin de la segunda guerra mundial o la desintegración de la Unión Soviética y el recrudecimiento de problemas étnicos y religiosos, que podía pensarse estaban superados.

Neal Ascherson<sup>1</sup> en su excelente libro *Mar Negro*, habla del

miedo que tiene Occidente de los migrantes, de los millones empujando las puertas de Europa como “buscadores de asilo” o “migrantes económicos”; del colapso social de Rusia, que podría mandar la mitad de su población fluyendo vorazmente hacia Alemania.

Inconcientemente quizá, pero presentes en alguna medida, factores semejantes están yacentes en la conciencia de algunos estadounidenses.

En nuestra ya casi dos veces centenaria relación con Estados Unidos como país soberano, nos hemos enfrentado con lo asimétrica de ésta; no obstante que originalmente la balanza del poder se inclinaba hacia nosotros, no pasó mucho tiempo sin que se invirtieran los factores en favor de los estadounidenses. Quizá por esos antecedentes siempre hemos percibido en nuestros valores una elegante superioridad respecto de ellos, a pesar de sus enormes logros materiales; y si bien al principio los

1 Ascherson, Neal, *Black Sea*, Nueva York, Hill and Wang, 1995, p. 76.

norteamericanos eran quienes emigraban hacia nuestro territorio, la situación fue cambiando a la inversa en forma decisiva.

Nuestros problemas tradicionales con Estados Unidos han sido límites, aguas, comercio, trabajadores migratorios y estupefacientes. Límites y aguas se resolvieron al arreglarse el problema del Chamizal y lo relativo a la salinidad del Río Colorado. El comercio lo sigue siendo toda vez que nos encontramos con el dilema de que la concentración de nuestro comercio en un mercado limita las posibilidades de ejercitar todas nuestras opciones tanto políticas como económicas. Pero, por otro lado, ser vecinos de un mercado como el de los Estados Unidos, haría demencial no explotarlo. En todo caso, habría que optimizar más que maximizar.

Podríamos decir que por ahora el Tratado de Libre Comercio de América del Norte es un éxito; sin embargo, la negociación pudo ser mejor si se hubieran tomado en cuenta lo que considero tres piedras angulares de toda la negociación: reciprocidad, selectividad y gradualismo, que no fueron cabalmente atendidas.

*Reciprocidad.* Si abrimos nuestro país a la inversión y a los productos del exterior debemos pedir a cambio que nuestras empresas y capitales puedan operar bajo las mismas condiciones en el extranjero. Tal reciprocidad además debe tomar en cuenta nuestro grado de desarrollo, o sea, reciprocidad relativa.

*Selectividad.* No es necesario —ni quizá conveniente— abrir nuestra economía de manera irrestricta. En primer lugar, debemos establecer los ámbitos donde nos abriremos a la presencia extranjera de acuerdo con nuestros intereses, así como los países o bloques de países con quienes nos conviene estrechar vínculos económicos.

*Gradualismo.* No tenemos por qué abrir nuestra economía de un día para otro. Podemos establecer distintos plazos en diferentes sectores para permitir que la economía nacional sea capaz de ajustarse a las exigencias de un mercado más competido.

Así como no se trató lo relativo a petróleo, tampoco se abordó el problema de trabajadores migratorios, y mientras el “sueño

americano” tenga cierta validez y, por otra parte, exista tan brutal diferencia en las oportunidades, motivará que nuestros connacionales crucen la frontera en busca de mejorar éstas.

Paradójicamente, para los Estados Unidos los trabajadores indocumentados no son una carga, sino que constituyen un elemento positivo para su economía. De no ser por los trabajadores ilegales, muchas tierras marginales no se hubieran cultivado, y gran parte del trabajo duro nunca se hubiera hecho; pero, sobre todo, un número considerable de empresas no tendrían las mismas ganancias si tuvieran que contratar otro tipo de mano de obra.

En un marco de agresiva competencia global el papel de los trabajadores mexicanos es indispensable para mantener la competitividad de la producción de Estados Unidos. Este argumento no debe ser minimizado. Así lo ha reconocido recientemente el presidente de la Reserva Federal y el líder de la AFL-CIO, principal agrupación sindical de ese país.

Al negociar con Estados Unidos hay que partir de la base de que los trabajadores migratorios representan una aportación a la economía estadounidense, como bien se sabe en los sectores agrícolas y de servicios que los emplean. Además de ocuparse de trabajos que, en general, nadie más quiere hacer, gastan buena parte de lo que ganan dentro de los Estados Unidos, de ahí que su contribución a la economía de Estados Unidos sea doblemente positiva.

Sin embargo, si ese país sinceramente desea desalentar el flujo de trabajadores mexicanos, a pesar de las ventajas que representan, la mejor manera para lograrlo es apoyar (o al menos no obstaculizar con medidas arbitrarias) el crecimiento de la economía mexicana. Construir un muro (como a veces se ha sugerido) o rehusarse categóricamente a admitir mexicanos en Estados Unidos sería una ofensa no sólo para México, sino para el resto de América Latina y el mundo civilizado. Por otro lado, Estados Unidos no puede esperar que el gobierno mexicano prohíba a sus ciudadanos abandonar el país; esto violaría la Cons-

titución mexicana, y es práctica que Estados Unidos mismo siempre ha reprobado cuando es ejecutada por otros países. Si Estados Unidos objetaba que algunos países socialistas no permitían la salida de sus connacionales no puede exigir, con igual razonamiento, que nosotros violemos la Constitución y los derechos humanos de los nuestros cuando el mismo muro de Berlín ya no existe.

Por principio, hay que proteger a nuestros paisanos en todo lo que nos sea posible, ya que la violación de los derechos de uno solo de nuestros compatriotas ha sido y sigue siendo inadmisibles. Existe una enorme carga emocional por el maltrato a cualquiera de nuestros connacionales, la ofensa a uno solo es intolerable. No es un problema de números, sino de principios fundamentales; es una noción cualitativa y no cuantitativa. México, por otra parte, debe ser más agresivo en denunciar la violación de los derechos humanos de los mexicanos en Estados Unidos.

No resisto hacer la siguiente cita,

Especial atención merecen los trabajadores mexicanos, los que se exponen a sufrir grandes penalidades, sea porque después de permanecer largo tiempo no logran su propósito y agotan sus escasos recursos quedando en absoluta miseria; sea porque son víctimas de explotadores que los defraudan, asegurando conseguirles el paso, induciéndolos por lugares prohibidos, o con violación a las leyes americanas.<sup>2</sup>

Estas palabras las pronunció el presidente Álvaro Obregón, en su Informe de Gobierno el 1o. de septiembre de 1924, y son casi idénticas a las que ha expresado en más de una ocasión nuestro actual presidente, Vicente Fox .

<sup>2</sup> Ampudia, Ricardo, *Estados Unidos de América en los Informes Presidenciales de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, 1993, p. 116.

Asimismo, el general Plutarco Elías Calles, en su informe presidencial un año después, expresaba:

dentro de este mismo espíritu de cooperación, se efectuó en El Paso, Texas, una conferencia entre delegados mexicanos y estadounidenses para estudiar y formular las bases de un convenio que tienda a evitar el contrabando, el tráfico ilícito de narcóticos y para resolver las cuestiones de migración de la frontera.<sup>3</sup>

Como vemos, ni el problema de las drogas ni el de los braceros empiezan ahora; en esto no hay nada nuevo bajo el sol en nuestra relación con Estados Unidos.

Así pues, no vamos a cambiar la geografía. Entonces intentemos cambiar las relaciones. Podríamos recordar lo que dijo el premier polaco una vez que se reconstituyó Polonia al fin de la primera guerra mundial: “cambio recién adquirida independencia por nueva ubicación geográfica”.

Desde hace treinta años, vengo insistiendo en que la única solución a corto plazo es un *acuerdo o convenio de braceros*, ahora más posible de obtener que otros tiempos, puesto que en los Estados Unidos lo que ha limitado en parte el crecimiento de su economía y competitividad con algunos países, no ha sido la falta de capital, de tecnología o de capacidad gerencial, sino que el cuello de botella, en general, han sido problemas relativos a mano de obra.

Actualmente le va a ser más difícil aplicar sus técnicas de estira y afloja en el control del flujo de mano de obra como lo hacía anteriormente, puesto que si, por ejemplo, antes había peligro en que se perdieran las cosechas por falta de mano de obra y las autoridades se hacían de la “vista gorda” en el cruce de sus fronteras, ahora existen disposiciones muy estrictas. Esto se debe al aumento masivo de migrantes, proveniente no sólo de México, sino también de otros países, lo que llevó al gobierno

3 *Ibidem*, p. 118.

de Estados Unidos a adoptar una actitud más intolerante, que se refleja en una legislación que limita seriamente el acceso a ese país de inmigrantes.

Por un lado, van a seguir teniendo problemas de escasez de mano de obra en algunos sectores y regiones, y, por otro, Estados Unidos es un país de leyes o, como a ellos les gusta pensar de sí mismos, de “comerciantes y abogados”, por lo que parecería que la única manera de resolver lo anterior pudiera ser a través de un acuerdo o convenio (en los informes presidenciales se usan los dos términos indistintamente), adaptando un esquema similar al que funcionó entre ambos países desde la época de Ávila Camacho a la de Díaz Ordaz. Por supuesto, ahora las circunstancias son diferentes: Estados Unidos no está en guerra.

Es interesante recordar que el presidente Ávila Camacho consideraba en 1941 que México había ayudado a la causa de los aliados en guerra contra las potencias del Eje con el envío de trabajadores mexicanos que remplazaran a los norteamericanos que servían en las fuerzas armadas.

Mediante este convenio se aseguró a los trabajadores un salario adecuado, conforme al nivel de vida norteamericano, y la posibilidad de regresar con algunos ahorros a su lugar de origen; se impuso además la obligación a los contratantes de proporcionarles transporte, habitación, higiene y comodidad. Asimismo, se les garantizó que no serían utilizados en el servicio militar americano. (En 1945 la cifra de combatientes mexicanos bajo la bandera americana era de más de 15,000, con aproximadamente un 10% de bajas.) El presidente Miguel Alemán Valdés no fue indiferente al problema de la salida de mexicanos y prohibió la contratación en aquellas regiones en donde se habían registrado actos discriminatorios a nuestros connacionales y consideraba positivos los efectos observados en los “Convenios de Braceros”, que terminarían durante el mandato de Díaz Ordaz.

¿Por qué singularizar a México como proveedor de mano de obra? Por la sencilla razón de que somos vecinos geográficos

de los Estados Unidos y tenemos mano de obra calificada o dispuesta a aprender, así como un Tratado de Libre Comercio que automáticamente excluiría del convenio citado a otros países del hemisferio o del mundo, ya que incluso con Canadá existe un Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales, aunque tiene alcances reducidos, ya que en él sólo participan 9,245 trabajadores agrícolas al año (antes eran 5,000, y cabe decir que funciona espléndidamente).

Dicho Programa, que sigue vigente, se rige por un memorándum de entendimiento firmado en 1974 y ratificado en varias ocasiones desde entonces. En él participan cuatro provincias canadienses: Ontario, Quebec, Manitoba y Alberta.

También tiene Canadá un programa paralelo con los países del Caribe, quienes se dividen el número de contratados en partes semejantes con el nuestro; es decir, si México tiene 9,245 trabajadores agrícolas, el Caribe tiene 7,346; allí participan Barbados, Jamaica (es el más importante), Trinidad y Tobago y otras islas más pequeñas del Caribe. No se incluye a Cuba.

En estos programas lo más destacado es lo siguiente:

- Sólo se contratan trabajadores cuando el agricultor demuestra que no ha podido conseguir trabajadores locales.
- Se les paga el mismo salario que se le pagaría a un trabajador canadiense que realice ese trabajo.
- Se les otorgan todas las prestaciones en materia de seguridad social.
- Se les paga el vuelo de salida y regreso a su país, existiendo el compromiso de que no se van a quedar ahí, sino únicamente durante el ciclo agrícola.

Parece que Canadá ha buscado que haya competencia entre México y el Caribe, pero los trabajadores mexicanos han resultado más serios, menos conflictivos, y el programa se maneja con mucho profesionalismo por parte de las autoridades mexicanas (Secretaría de Relaciones Exteriores, Gobernación y Trabajo).

## Recientemente, según información periodística,

El gobierno mexicano entabló pláticas formales con su contraparte de Estados Unidos y Canadá para acordar mecanismos legales que permitan el ingreso de trabajadores migratorios con visas temporales para laborar en esos países, y se garantice el respeto a sus derechos humanos y laborales.<sup>4</sup>

Insisto: el hecho de ser uno de los tres firmantes del Tratado de Libre Comercio nos da la posibilidad, que no tienen otros países, de negociar este Convenio. No podemos dejar esta situación a la deriva o a la buena voluntad de que no vaya a haber una repatriación masiva o a la tolerancia de ellos hacia nosotros.

Por ahora no veo otra salida sino empezar a trabajar sobre la solución de este problema.

Los gobiernos mexicano y norteamericano realizaron durante el sexenio pasado un gran esfuerzo para estudiar el problema migratorio entre ambos países. El resultado fue un voluminoso y bien documentado estudio que infortunadamente no ofrece soluciones concretas a corto plazo. Pienso que hay que ser propositivos y no sólo críticos, e ir sentando las bases para resolver este asunto.

Una solución global no es fácil, por el ambiente político que priva, pero podrían intentarse planteamientos regionales o sectoriales. De antemano sabemos que la cuota será insuficiente aunque se fijara en función de la demanda de mano de obra, y probablemente se revertirá en alguna medida el problema hacia nosotros, mediante presiones para que impidamos la salida de nuestros nacionales. No va a ser fácil lograr un arreglo totalmente satisfactorio.

Estados Unidos nunca tendrá suficiente mano de obra en todo tiempo y en todo lugar, ni dispuesta a desempeñar trabajos duros, dado que la seguridad social norteamericana alivia el desempleo

4 *El Universal*, 13 de enero de 2001, p. A4.

y ya no hay estigma en recurrir a ella. Claro, la ley se puede modificar, se pueden aumentar las visas, en fin... Pero creo más fácil otro arreglo, sin desconocer que —repito— habría presión sobre nosotros para que se evite la salida de trabajadores, no obstante la inconstitucionalidad para nosotros de tal medida.

Recuérdese que la única superpotencia, cuando aún había dos, con la posibilidad de sancionar efectivamente, eran los norteamericanos, ya que la extinta Unión Soviética podía hacer la vida difícil a sus contrincantes con guerrillas, disturbios, etcétera, pero no podía sancionar en el sentido estricto de la palabra, y así, cuando no dejaban salir a un ciudadano de origen judío, sanciones o amenazas de éstas no se hacían esperar.

Por otro lado, la salida de mexicanos es una sangría y un motivo de molestia que nuestros connacionales abandonen el país en busca de mejores oportunidades, pero siendo pragmáticos, y como dicen nuestros vecinos del Norte, “haciendo de la necesidad virtud”, no es del todo negativo que aumente nuestra presencia y fortaleza en Estados Unidos, ya que los mexicano-norteamericanos, en la medida en que se concienticen de su poder político, su importancia en tiempos normales y sobre todo electorales, puede ser aún más grande que la del petróleo. Siempre habrá algunos mexicano-norteamericanos que se consideren a favor, otros en contra de la migración de nuestros nacionales a Estados Unidos, pero en su mayoría, están conscientes de la madre patria cruzando la frontera. Ser mexicano-norteamericanos, más que todo, es un “estado de ánimo”, y no de raza.

Más tienen que preocuparse los estadounidenses en la frontera, que nosotros, entendiendo la frontera no exactamente como la línea divisoria, sino como un espacio que se va agrandando y atenuando a medida que se aleja de esta línea, extendiéndose/disminuyéndose hasta Monterrey, San Antonio, Los Ángeles o Hermosillo.

Además, durante varias generaciones nuestros fronterizos han estado acostumbrados a una relación fluida con Estados Unidos. En mi opinión, lejos de que esto se haya acentuado en el lado

mexicano, ha ocurrido lo contrario: se está conformando una zona cultural muy particular. Así, por ejemplo, se habla más español que inglés en Laredo, Brownsville, o El Paso, Texas, si bien hace cincuenta años esto no era así; se escucha música mexicana, o una versión de ésta; y la mayoría de la población es de origen mexicano. Como es obvio, el fenómeno se va diluyendo en la medida en que se aleja de la frontera propiamente dicha.

México es distinto y numeroso como para temer la erradicación de su propia identidad. Quiere progresar, pero sin dejar de ser él mismo. De hecho, muchos son mexicanos que quieren vivir en Estados Unidos sin dejar de ser mexicanos.

En esta época en que se ha puesto de moda pedir excusas por agravios pasados, recordemos lo siguiente: su santidad el papa ha pedido la comprensión del pueblo judío por los crímenes cometidos contra ellos en el pasado; Japón ha sido más renuente a aceptar sus culpas en la segunda guerra mundial, pero algo ha avanzado. Los alemanes no sólo han pedido excusas sino que han contribuido con enormes cantidades de dinero para reparar sus excesos. El presidente Clinton, en una reciente visita a África pidió disculpas por el legado de esclavitud en los Estados Unidos, también el primer ministro británico Tony Blair se ha manifestado apenado por la hambruna irlandesa del siglo antepasado.

En el mismo sentido, recuerdo que el senador Edward Kennedy hace algunos años en una entrevista manifestó que lo relativo a Texas no era un capítulo de su historia del cual estuvieran orgullosos. La reacción no se hizo esperar y fue criticado fuertemente. El presidente Clinton, el 12 de enero del presente año manifestó que “Estados Unidos ‘lamenta profundamente’ las muertes de hace 50 años, de civiles surcoreanos acribillados por tropas norteamericanas cerca de la Villa de No Gun Ri a fines de julio de 1950”<sup>5</sup> en un documento escrito a nombre de los

5 *The News*, 12 de enero de 2001.

Estados Unidos de América. Esto es un pésame, mas no una disculpa. En fin, no es mucho lo que se puede hacer por los muertos, pero sí por sus descendientes.

Aparte de la responsabilidad histórica, y una posible aunque no fácil forma de obtener disculpas, ahora que parecen estar de moda, debería esperarse, a mi juicio, mayor comprensión y soluciones para el problema de nuestros trabajadores migratorios. A reserva de que algún día la idea del presidente Fox de lograr fronteras más abiertas, por lo pronto, urge evitar tragedias que lamentablemente aumentan por el cruce de mexicanos en terrenos o condiciones más difíciles debido a los obstáculos en rutas normales. Con toda razón el presidente Fox ha prometido “pelear por los derechos de 1.5 millones de mexicanos que han sido arrestados al cruzar los 3,400 km de frontera con Estados Unidos”<sup>6</sup> y de empujar la apertura de la frontera.

Según datos de Radio Universidad “más de 22 millones de mexicanos radicados en el extranjero enviaron el año pasado, una cantidad superior a los 6 mil millones de dólares por concepto de remesas familiares”.<sup>7</sup> Cabe decir que se está estudiando ya la manera de agilizar y abaratar el envío de fondos por los paisanos.

¡Parece mentira que todo este problema tan apremiante haya sido desatendido durante tanto tiempo!

Decía de los trabajadores migratorios en mi libro *México fuera de México*,<sup>8</sup> en donde recogía una conferencia que pronuncié el 6 de agosto de 1974, en San José California, que

Se ha argumentado que los trabajadores migratorios tienden a aumentar el mercado de mano de obra y, como consecuencia, a abatir los salarios, con lo cual se daña al trabajador norteamericano. Este

6 Del artículo, “Migrantes enfrentan la muerte por el ‘sueño americano’”, por Isabel Fullerton, publicado en *The News*, 18 de diciembre.

7 Programa “Argumentos”, núm. 489, transmisión del miércoles 10 de enero de 2001, 9:30 a.m.

8 Olloqui, José Juan de, *México fuera de México*, México, UNAM, 1980, pp. 233-234.

argumento, sin embargo, es solamente válido en aquellos casos en que los trabajadores migratorios compitan con los trabajadores norteamericanos por un mismo tipo de trabajo y al hacerlo provoquen un exceso de mano de obra. Pero las estadísticas demuestran que las condiciones requeridas para convalidar este argumento no se dan y, además, que los salarios no parecen haber resultado afectados. Éstos son algunos datos concretos al respecto: *a)* los salarios no han bajado en las zonas donde laboran los trabajadores mexicanos; por el contrario, han aumentado continuamente; *b)* los trabajadores migratorios realizan trabajos que casi ningún trabajador norteamericano quiere hacer; *c)* los trabajadores agrícolas migratorios generalmente laboran en tierras marginales y contribuyen a incrementar la producción; *d)* estos trabajadores gastan la mayor parte de sus ingresos en Estados Unidos generando, por lo tanto, demanda de una mayor producción de satisfactores norteamericanos.<sup>9</sup>

### *Conclusiones*

Cuando fui embajador de México en Estados Unidos hice las siguientes sugerencias que, pienso, siguen teniendo vigencia:<sup>10</sup>

1. Alentar la inversión en las regiones de donde proviene la mayoría de los trabajadores indocumentados. Con una contribución sustancial de capital (en agroindustrias, por ejemplo) disminuiría la emigración desde esas áreas.

Se ha visto que hay una relación directa en la exportación de algunos productos mexicanos a Estados Unidos de América y la disminución del bracerismo en las regiones de nuestro país que los producen. En este sentido, México no debe patrullar sus fronteras, sino crear fuentes de trabajo, y lo que gasta Estados Unidos en vigilancia podría ser usado en el mencionado Fondo; podría quizá recurrirse al Banco Interamericano de Desarrollo como depositario de los recursos o participante en el Fondo, sin

<sup>9</sup> Este apartado lo comenté, previa su publicación, con el doctor Jorge Bustamante, a quien de nueva cuenta agradezco su gentileza.

<sup>10</sup> Olloqui, José Juan de, *La diplomacia total*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 53.

tener necesariamente que especificar el fin último del mecanismo, que es crear empleos para evitar la salida de nuestros connacionales.

2. Negociar un acuerdo entre México y Estados Unidos que establezca el número de trabajadores legales que trabajarían allí, los lugares en donde lo harían, sus derechos laborales y los términos de una eventual repatriación. Estos trabajadores documentados podrían ser registrados dentro de un sindicato (y así se eliminaría la eventual oposición de la fuerza de trabajo norteamericana) y puedan ser empleados en sectores en los que no desplazarían a la fuerza de trabajo local. Los trabajadores migratorios estarían así protegidos de los abusos que resultan de su estatus ilegal, y el movimiento obrero sería fortalecido. Creo que si se afiliaran a algún sindicato y pagaran sus cuotas, se eliminaría en parte la posible resistencia del sector laboral estadounidense.

Por último, vale la pena insistir en que la migración de los trabajadores no se solucionará hasta que disminuya el diferencial de salarios y oportunidades.

Nosotros no queremos que se vayan nuestros connacionales, porque es reconocer que no les hemos podido dar los satisfactores a que aspiran, además de la inversión que hemos hecho en educación, etcétera, pero por otra parte es un hecho que están aumentando la presencia y la fuerza de México más allá de nuestras fronteras; más aún, esto permite que los cien millones de mexicanos que aquí viven más los veinte millones de sus descendientes que están más allá de nuestras fronteras, dé por resultado que uno de cada tres de quienes hablan castellano en el mundo sea mexicano o descendiente de ellos, lo que aunado a que somos una potencia cultural, nos permite dar un paso más para alcanzar la grandeza a la que México creo está condenado.